

## Capítulo 6

### Llega el final de curso

Sebas estaba allí, como cada mañana, esperando a Irene para llegar juntos al instituto. Podía pensarse que había iniciado una relación de verdad, de esas en las que las dos partes son correspondidas. Quizá Sebas pudiera ser feliz de una vez por todas. Ahora lo era y quería aprovechar el instante, el momento mágico en el que todo parecía ir bien. Irene era su confidente, su amiga, su apoyo, su equilibrio. Su relación con su madre era más fluida, más viva. Hablaban de muchas cosas y a Sebas empezaba a gustarle escuchar las historias de su madre, esas de antes, de cuando todo era más cuidado, con menos expresiones de afecto y las cosas permanecían más ocultas. Además, en el grupo de la clase todo era más divertido, más alegre. Se había integrado con los compañeros, se divertía con Alicia, parecía ser más aceptado por todos desde que su relación con Irene había salido a la luz pública.

Jugaba al baloncesto con algunos chicos de segundo, salía cada tarde con Irene y los viernes y sábados había empezado a frecuentar los locales de moda de la noche en Tordesillas. También había hecho recuento de sus obligaciones estudiantiles y estaba decidido a aprobar todas las asignaturas y pasar a segundo de bachillerato. Las cosas no habían ido muy bien con algunos profesores, pero esperaba poder recuperarlo todo entre junio y septiembre. Sebas veía muy cerca el fin de curso y decidió estudiar a diario las cuatro asignaturas que había suspendido en la segunda evaluación: Filosofía, Lengua, Matemáticas y Química. Pensó hablar con los profesores un día de estos.

Aquella misma tarde su madre se dirigió a él con la intención de hacerle reflexionar sobre su futuro

- Sebas, te veo mucho más contento, sales más y todo parece haber cambiado en ti. Quizá es hora de que pienses en estudiar un poco más. Comprendo que el cambio ha sido muy difícil para ti y, luego, todo lo que ha ocurrido en los últimos meses, pero debes intentar labrarte un futuro. Te ha costado la adaptación a este lugar y te has descentrado un poco, pero tú puedes obtener mejores resultados si te lo propones...

Sebas escuchaba con atención el discurso de su madre y se levantó sonriente para darle un beso en la frente.

- Ya lo he hecho mamá, ya he retomado los estudios. Me estoy poniendo al día y te aseguro que entre junio y septiembre aprobaré. Pronto tendrás un titulado en bachiller

en casa y no tardando mucho un universitario - señaló Sebas con alegría mientras salía de la cocina.

- Me voy a la biblioteca.
- Adiós, hijo...

En la biblioteca, con Irene, organizaron un plan de estudios, con fines de semana incluidos.

Alicia y Bea se acercaron a ellos para comunicarles que el sábado iban a celebrar sus respectivos cumpleaños en una fiesta conjunta. Ellos estaban invitados. Sebas e Irene se apuntaron a la fiesta con mucha ilusión.

Durante la semana estuvieron estudiando duro y el viernes le dieron las notas de la recuperación de Matemáticas. Sebas había aprobado. Irene, no. Como era lógico, Irene tuvo un castigo: no podría salir en todo el fin de semana. Esto significaba que no podría ir a la fiesta de Alicia y Bea. Sebas se puso un poco triste pero decidió no ir tampoco él. Sin Irene no era lo mismo, la fiesta no tendría los mismos alicientes.

Era sábado. Sebas estaba estudiando en su cuarto.

- ¡Sebas! - gritó su madre - ¡te vienen a buscar!

Sebas salió de su cuarto con cierta sorpresa, pues no esperaba a nadie. Eran Jorge, Dani y Luis, compañeros de clase.

-Venimos a buscarte para la fiesta de Alicia y Bea, tu madre nos ha dicho que no estás castigado... - dijo Jorge.

- Bueno, la verdad es que no me apetece mucho... estoy con la ropa de estar en casa y... bueno... que no me encuentro con muchas ganas...

- Déjate, hombre... ven un rato, te animarás... - repuso Dani.

- Vale, solo hasta las dos... se lo diré a mi madre... - asintió Sebas.

Tras unos minutos Sebas se había duchado y cambiado de ropa. Los chicos llevaban muchas bebidas y dos enormes regalos. Alicia y Bea habían preparado un local a las afueras del pueblo, con una barra de las antiguas, alta y opaca; en un rincón estaba la chimenea encendida y algunas mesas donde varios jóvenes jugaban a la play. También había un futbolín y una diana con dardos que en tiempos había sido electrónica, pero ahora jugaban anotando los puntos en una libreta. Alicia y Bea hacían de camareras y todos colocaban comida y bebida sobre las mesas, para ayudar. Además habían traído un equipo de música que no dejó de sonar en toda la tarde y claro... en toda la noche. El ambiente era muy bueno, relajado y amistoso. Nadie parecía llevarse mal con nadie y

existía una complicidad que permitía a los jóvenes gastar numerosas bromas y tomarse la vida con humor. Algunos tardaron en llegar. Al final eran unas treinta personas y ninguno paró de bailar. Tampoco Sebas que, a pesar de no estar Irene, se sentía feliz, agasajado por todos, bien tratado y con muchas ganas de seguir la fiesta. Esa noche jugaron a todo tipo de cosas y, asuntos del azar, después de las doce, cada vez que se hacía una pareja para futbolines o para dardos o para, simplemente, bailar, el destino burlón quiso que, a Sebas, siempre le tocara con Alba. Alba era una chica tímida, de primero de Ciencias Sociales; no bebía más que coca-cola, no fumaba y sus padres venían a recogerla sobre las dos. Al principio hablaba poco y observaba mucho. Se cruzaba ciertos gestos de complicidad con sus amigas, Bea y Alicia, e huía del tumulto que se formaba cuando Talía salía a bailar. Sebas no había hablado nunca con ella pero esa noche encontró algo agradable en su conversación. Cuando se cansaron de estar en este local se dirigieron a la zona de bares de Tordesillas. El último sitio donde estuvieron fue el Copacabana. Al salir estaba amaneciendo, eran las siete de la mañana. Sebas no podía creer que el tiempo hubiera pasado tan rápido. Allí no quedaba nadie. Corrió hacia su casa. Su madre esperaba dormitando en el sofá.

- ¿Qué ha pasado? - le preguntó mientras le daba una bofetada.
- Nada... - Sebas la miró con ira y sin decir nada más se encerró en su habitación.
- Hijo, perdóname, me he pasado toda la noche sola, pensando que te podía haber ocurrido algo. Compréndeme, no sabía que hacer...

Sebas no contestó. Y tampoco lo hizo en todo el día. Salió para comer y no cruzó ni una mirada ni una palabra con su madre. No tenía nada que decir. Ella también había optado por el silencio.

- Mira, hijo - dijo Luisa mientras cenaban- me has dado un susto de muerte y esto no puede seguir así. El próximo fin de semana no sales, solo tienes dieciséis años y esta no es forma de vivir. Me dices que has retomado los estudios y a la primera de cambio te tiras toda la noche fuera de casa. No quiero que hagas nada de lo que te puedas arrepentir. Eres muy joven, casi un niño...

- Déjame, mamá... nunca podrás entenderme, por más que lo intentes... déjame- Sebas volvió a su habitación. Se sentía triste y solo. Se puso a leer el diario de don Roberto. No podía llamar a Irene, ¿cómo le iba a decir que ahora era él el que estaba castigado? ¿Y la razón por la que estaba castigado?... bueno, eso podría provocar una hecatombe.

*"Las mujeres son muy extrañas y muy parecidas. No sé si lograré entenderlas algún día."* - pensó mientras leía el diario de don Roberto. Página a página, en ellas describía a Leonor, la mujer de las cartas. ¡Entonces, había existido de verdad! Una mujer muy creyente, muy agradable, que coleccionaba fotos de algunos actores de

películas y escribía un diario. Una mujer que pasaba desapercibida para los demás pero inundaba la vida de don Roberto especialmente cuando la veía entrar y salir de la parroquia del Carmen, siempre ayudando a los más menesterosos y necesitados. Sebas se sumergió en la lectura de las cartas de amor a Leonor.... *"Hoy, Leonor, te amo más que nunca y te respeto más que nunca. Y quería decírtelo. Porque las cosas, Leonor, hay que decirlas. Como dice García Márquez, nadie pasará a la historia por los pensamientos que no expresó. Quizás yo pase a tu historia, a nuestra historia por el amor que no dejé de expresarte... con palabras y con hechos."* Sebas pensó en Irene. Era necesario hablar con ella. La llamó por teléfono.

- Estaba esperando tu llamada... - le dijo muy contenta - he aprovechado mucho el tiempo. Me encuentro con ganas de estudiar porque estoy muy feliz. ¿Y tú qué tal?

- Bien, pero no he estudiado mucho... Me vinieron a buscar y al final fui a la fiesta de Alicia y Bea. Ahora estoy castigado. No podré salir el próximo fin de semana porque llegué muy tarde a casa...

- Bueno... - la voz de Irene había cambiado, era seca, llorosa, triste.

- ¿Qué te pasa? - susurro Sebas incómodo.

- Nada, cosas mías... a lo mejor me pasa lo que a tu madre, que no me gusta que salgas hasta las tantas...

- Bueno ¿y qué? Tu también vas a empezar a decirme que soy muy joven y lo que tengo que hacer...

- No, no... - matizó Irene con voz desgarrada.

- ¿Quedamos mañana para ir al instituto? - dijo Sebas.

- Ya veremos... hasta luego Sebas, me llama mi madre.

Sebas no tuvo tiempo de decir nada porque Irene había colgado el teléfono. Volvió a abrir el diario de don Roberto y siguió leyendo cosas sobre Leonor, sus ojos, sus costumbres, su manera de sentarse. Sin saber por qué, pensó que esa mujer se parecía a su madre. Mientras leía se clavaba la imagen de su madre en su cerebro como una astilla dolorosa y sangrante. Sebas no sabía qué estúpida corazonada era esta, pero, al leer la descripción de la iglesia y el banco donde se sentaba Leonor... recordó haber estado en este mismo sitio con su madre, muchas veces cuando era pequeño. Leonor, Luisa y él. Don Roberto no era creyente y quizá por eso aquella mujer le llamaba tanto la atención. Sebas se dirigió a la cómoda que estaba en la habitación de su madre, el único mueble que habían traído de Murcia. En el cajón superior su madre guardaba todos los recuerdos de su vida y, especialmente, los de Murcia. Lo abrió y allí encontró una colección de fotos de actores de películas recortadas de revistas y periódicos. Eran antiguas y Sebas no conocía a ninguno de aquellos personajes. Junto a ellas, dos o tres diarios bien sellados y que Sebas no hizo ademán de abrir. Debajo de todo una caja de madera cerrada con llave. Tomó un destornillador y sacudió la caja. Dentro había numerosas cartas de amor y una foto. En aquella imagen estaba don Roberto y su madre. Don Roberto tenía su brazo

sobre Luisa y ella le miraba con arrobo, muy sonriente. Aquella fotografía amarillenta, envejecida, rezumaba cariño. Por detrás, la pulcra letra de don Roberto: "*A mi amada Leonor, a quien ya nunca tendré entre mis brazos*". Algunas cartas de amor eran parecidas o iguales a las del diario. Sebas sintió escalofríos. Volvió a su habitación. Esperaba que su madre volviese de ayudar a Nicolasa, una mujer enferma vecina suya, que precisaba ayuda por las noches.

Sebas se quedó dormido leyendo el diario de don Roberto. Cuando despertó estaba incómodo y no sabía por qué. Cogió la caja con la foto y las cartas y se dirigió al salón donde su madre estaba cosiendo.

- ¿Qué es esto? - preguntó Sebas irritado mientras tiraba la caja en el sofá.

La madre la recogió resignada mientras contestaba en un susurro:

- Otro día te lo contaré; hoy es demasiado tarde, creí que estabas ya en la cama...

- ¡Otro día no, hoy! - grita Sebas iracundo - ¡Dímelo hoy!

La mujer salió de la habitación llorando. Sebas siguió dándole voces pero no sirvió de nada. El silencio se apoderó de la situación.

Los días siguientes fueron muy duros. Irene parecía ausente, no quería escuchar nada de lo que decían sus amigas, ni de lo que decía Sebas. Sebas, por su parte, se encerró de nuevo en sí mismo. Quería contarle a Irene lo que había descubierto en aquella caja de recuerdos, pero Irene no presentaba una actitud de escucha. Sebas se refugió en sus estudios y en el diario de don Roberto. Parecía que leer las palabras de amor le encolerizaba, pero en aquel diario había otras cosas relacionadas con la enseñanza que tranquilizaban a Sebas. Don Roberto hablaba de la importancia de saber acercarse al alumno pero no para ser su amigo, no para complacerlo sino para entenderlo. Así era él, un hombre recto, justo a la hora de evaluar, razonable pero que comprendía a los alumnos aún sin hablar con ellos, sin tomarse un café con ellos y sin perder un minuto de sus clases. Era un profesor exigente pero sabía enseñar a los alumnos a partir de sus errores. Jamás recriminaba a sus alumnos por los errores, ni siquiera cuando estos eran cometidos de forma voluntaria. Les acompañaba en su aprendizaje sin escatimar ni una sola explicación y les comprendía con una capacidad empática impropia en un profesor. De todo eso, también hablaba el diario. Sebas se sentía bien leyendo estas cosas y seguía con entusiasmo cada palabra cuando hablaba del sentido humanista de la educación, de la importante labor de los enseñantes, hombres y mujeres que forjan el futuro de una sociedad a través del diálogo paciente, de la reflexión compartida, del entendimiento y de la comprensión. Sebas quería encontrar el refugio en algún profesor que, como don Roberto, sin palabras, solo con una mirada, con un gesto, con una forma de estar, le

demostrase que le estaba ayudando a aprender matemáticas y a aprender a ser persona que, para Sebas, era lo mismo que aprender a ser feliz.

La sensación de agobio, el acorralamiento volvió a la vida de Sebas. En el instituto no estaba bien y algunos accidentes contribuyeron de manera decisiva a que todo fuera peor. Desde que llegó al IES Alejandría no había cruzado una palabra con Cristina, una alumna de Ciencias Sociales, que parecía muy amable y era muy guapa. Sebas no quería nada con aquella chica, le resultaba espantosa porque, hacía unos meses, sobre su mesa, había descubierto un trabajo de psicología en el que se hablaba de él: "*Sebastián, su vida desde el principio*". Se había sentido como una rata de laboratorio, observado y estudiado y no sabía con qué objeto. Nunca se había atrevido a preguntarle a qué se debía su interés por él, ya que la ira y el desprecio hacia Cristina le habían hecho pensar que era una niñita tonta y consentida. Aquel día Cristina se acercó a él, cuando más sólo y desprovisto de defensas estaba, en medio de un aula a la que estaba obligado a asistir. Sebas no sabía lo que le había dicho pero recordaba que se había encontrado bien, que sus palabras y su sonrisa rebosaban bondad. Quiso preguntarle por aquel trabajo, pero no le salió. Durante horas rondó esta idea por la cabeza de Sebas y no pudo atender a ninguna de las explicaciones de los profesores.

Sebas fue del centro escolar a su casa donde su madre deambulaba por los pasillos como un fantasma asustado. Sebas sintió pena de todo y ganas de llorar. Salió a la biblioteca donde se encontró a Cristina y Alba, que volvían de clases particulares.

- Hola, Sebas - dice Alba, risueña.
- ¿Todo va bien? - pregunta Cristina.
- Bueno...
- Si quieres charlamos un rato... - insiste Cristina.
- Claro... - responde Sebas con rabia - si quieres puedes contarme que andas escribiendo de mí por ahí.
- Nada... - responde Cristina sorprendida porque no sabe a qué se refiere.
- Sí, hombre, esas cursilerías de psicología, "*Sebastián, su vida sobre el principio*"... - vuelve a decir Sebas en tono hiriente.
- Nos tenemos que ir... - añade Alba.
- No, yo quiero explicarle lo del trabajo... - contesta Cristina.
- Pero yo no tengo tiempo de que me lo expliques... - le susurra al oído Sebas con una expresión de amenaza, como si de un matón se tratase.

Suena el teléfono. Es Irene. Sebas descuelga deseoso de oír su voz.

- Hola.... ¿cómo estás?
- Bueno...

- Me ha llamado Cristina y me ha contado lo que ha pasado. Estaba muy triste. No tienes derecho a ser así. Eres muy egoísta, Sebas.
- Irene, si me llamas para esto... mejor que no me rayes...
- No, no, no me cuelgues... quiero que nos veamos...
- Vale...

Aquella tarde junto al río, sus manos, sus bocas y sus gestos se fundieron en un solo ser. El deseo apagó las palabras y la sensación de bienestar provocó una paz interior en Sebas y en Irene muy reconfortante. Las caricias y los abrazos sustituyeron a las palabras ahuyentando todos los malentendidos sin necesidad de que se prometieran nada. Algo había entre ellos que parecía no poderse deshacer, pero solo surgía con la magia de estos momentos, tras tormentas complicadas.

Sebas pasó un fin de semana más estudiando y, como estaba de mejor humor porque había podido contarle a Irene lo de la caja de los recuerdos, se animó a hablar con su madre. La mujer sufría en silencio y en cuanto Sebas le dio una oportunidad, le contó toda su historia:

- Hijo, conocí a don Roberto cuando tú no habías nacido aún. Yo frecuentaba la parroquia del Carmen en Murcia. Él no era creyente, pero le gustaba ayudar a los necesitados y se acercaba muchas veces por allí para dar limosna o consolar a los llorosos. Así nos conocimos, hablando con un indigente que había perdido a toda su familia en un accidente de tráfico y lo había abandonado todo para convertirse en mendigo. Ambos nos volcábamos con aquellas gentes. El roce hizo el cariño y la ternura se convirtió en amor. No pudimos evitar que el deseo uniera nuestros destinos para siempre y aunque solo fueron quince días de apasionados encuentros, marcaron toda nuestra vida.

Sebas permaneció callado. No sabía qué decir. No quiso preguntar nada. Su madre había sido muy valiente contando una historia tan íntima. Podía haberla vestido de otra manera. Pensó en su padre. Se preguntó si en sus viajes también había tenido aventuras similares. Llamó a Irene pero colgó antes de que lo cogiera. No podía contarle aquella historia de infidelidad. Se sentía dubitativo pero comprendía a su madre y se sentía muy cerca de ella. Ella no era una mujer insensible a todo, no era doña perfecta, no era una mujer de otro tiempo. No sabía por qué, pero creía comprenderla mejor que antes.

El lunes se enteró de que el día 12 de Junio se iba a celebrar una fiesta para todo bachillerato en *El Templo*. Begoña, la responsable de la cafetería del instituto, se la iba a organizar. Begoña era una mujer muy agradable que había comprendido muy bien a todos los alumnos y sabía comunicarse con ellos.

Irene y Sebas se miraron ilusionados y decidieron pasarlo muy bien en la fiesta.

Sebas ya sabía que no le quedarían más de dos asignaturas, por lo que le dio a su madre la buena noticia. Irene, sin embargo, había suspendido ya tres materias que no sabía si podría recuperar.

En aquellos días primaverales, para sorpresa de todos le llegó una citación de la testamentaría de Murcia donde don Roberto había depositado su testamento. Como Sebas era aún menor de edad, Luisa llamó a Murcia. Le dijeron que se tenían que personar los dos el día 4 de julio en la notaría indicada por orden del notario para resolver algunos asuntos relacionados con don Roberto.

Por la cabeza de Sebas pasaron muchas cosas. Don Roberto podía dejarle desde una herencia hasta un diario más minucioso de lo que había pasado entre su madre y él. Tampoco esto se lo contó a Irene. Sebas pensó hacerlo más tarde, cuando hubiera pasado la fiesta.

El 12 de junio, un viernes casi de verano, todos se juntaron en *El Templo*. Hacia las dos de la mañana Irene empezó a sentirse mal. Había bebido una cerveza y no estaba acostumbrada. Sebas e Irene salieron a la calle. Pasaron un rato sentados en la puerta y finalmente decidieron irse a casa. Sebas acompañó a Irene hasta su casa y de regreso se encontró con Alba y Cristina, que habían salido a tomar el aire, pues todos habían bebido un poquito más de la cuenta. Cristina se dispuso a aclarar con Sebas lo del trabajo:

- Sólo era un trabajo sobre la adaptación humana, sobre cómo sufrimos todos los cambios que ocurren en nuestra vida. Como había que tomar un modelo real, a mí se me ocurrió que fueras tú. El lunes tendrás el trabajo sobre tu mesa para que lo puedas leer. Sabrás de qué va el tema y podremos deshacer este malentendido.

- Gracias... dijo Sebas.

- Oye, eres un chico muy mediterráneo... - empezó a hablar Alba con una voz un poco tambaleante - lo dicen todas, tienes una forma de ver las cosas diferente a la de los de aquí... - se rió mientras hacía equilibrios para tenerse en pie.

- ¿Eso piensas?...- sonrió Sebas.

- Sí, eso pienso y te voy a decir más, me gusta tu...

Alba estaba bebida y se avalanzó sobre Sebas dándole un beso en la boca.

Cristina la retiró y le dijo:

- Siéntate y espera, que voy a por un café...

Cuando regresó, ninguno de los dos estaba allí. Lo que ocurrió aquella noche entre Sebas y Alba nadie lo sabe excepto ellos.

Sebas volvió a casa sobre las cuatro y media. Su madre estaba esperando, pero no hubo ninguna riña.

Sebas se preparó un vaso de leche y se sentó a tomarlo junto a su madre.

- ¿Tú crees que se puede querer a dos personas a la vez? - preguntó Sebas.

- De distinta manera, sí... dijo su madre.

- ¿Tú has vivido esa sensación?

- Ya no la recuerdo, pero creo que sí...

- ¿Y cómo se hace para salir de ella?

- Es muy difícil y siempre hay heridas que no olvidan nunca. Mira, hijo, no puedo darte lecciones sobre el amor, ni sobre las relaciones que tengas con las chicas, cada uno buscamos nuestro sitio de manera íntima y callada. Se trata de no ser egoísta y pensar en los demás, pero si las cosas ocurren como no deseamos, lo mejor es ser valiente y solucionar el problema cuanto antes dejando claro a todos los implicados cuál es la situación. El amor es algo muy bello, el deseo nos hace ser más fuertes y valorarnos mejor a nosotros mismos, los dos juntos nos hacen estar en lo más alto porque es ese momento cumbre en que tú dejas de ser tú para ser el otro. Encontrar ese momento no es fácil y cuando lo encuentras no dura demasiado, quizá porque es tal la intensidad con la que se vive, que nada ni nadie podría resistirlo. Aprovecha esos momentos únicos y exclusivos, pero no te dejes llevar por la simple adulación sino por el sentimiento que hace crecer y ser mejor.

Sebas se fue a dormir sin saber lo que se estaba organizando. El día 15 de Junio, lunes, se marchaban de excursión a Italia. Era el viaje de fin de curso, que en este instituto se hacía en primero de Bachillerato. Sebas y sus compañeros estaban muy ilusionados y durante días habían planeado lo que iban a hacer. Sebas se durmió pensando que al día siguiente tenía que empezar a preparar las maletas.

El sábado sonó el teléfono insistentemente. Sebas se levantó medio dormido, aunque eran las doce y media de la mañana. Era Cristina. No sabía cómo, pero Irene se había enterado de lo suyo con Alba.

- De lo mío ¿con quién?... - se extrañó Sebas.

- Sí, os vieron en los jardines del palacio, mientras yo fui a buscar el café, y claro, hoy se han pegado las dos en el Colagón y se han dicho cosas horribles. Talía intentó separarlas, pero al final acabó en la pelea con ellas y hay denuncias en la Guardia Civil...

Sebas trató de calmarse. No entendía nada. Quería huir de este lugar. Sentía deseos de dejar de ser él mismo pero no sabía cómo. Lloró, lloró hasta que su madre entró en la habitación para decirle que había llamado Irene.